



Universidad del  
**Rosario**

Tejer mochilas arhuacas  
Una forma de resistencia indígena y empoderamiento femenino

Laura Catalina Sanabria Devia

Trabajo presentado como requisito para optar por el  
título de Periodismo y Opinión Pública

Directora  
Dunen Kaneyba Muelas Izquierdo

Escuela de Ciencias Humanas  
Periodismo y Opinión Pública  
Universidad del Rosario

Bogotá - Colombia

2023



# Tejer mochilas arhuacas

Una forma de resistencia indígena y empoderamiento femenino

Laura Catalina Sanabria Devia  
UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

# Tesis de pregrado

Textos e imágenes por Laura Catalina Sanabria Devia

Directora: Dunen Kaneyba Muelas Izquierdo

Escuela de Ciencias Humanas

Periodismo y Opinión Pública

Universidad del Rosario

Bogotá - Colombia

2023



# Tabla de contenido

Agradecimientos .....	5
Anteproyecto .....	6
Problema de investigación	
Justificación	
Objetivos	
Metodología	
Introducción .....	12
Terciada alrededor de pecho y espalda, junto al corazón .....	16
Una misma: la mujer arhuaca y la mochila .....	23
La comercialización de las mochilas .....	30
Bibliografía .....	34

# Agradecimientos

Ante todo, gracias a mi madre, a mi padre, a mi hermano, a mi abuela por sus flores, a todas y cada una de las personas de mi familia. Ustedes han sido el pilar para formarme como ser humano y alcanzar este propósito.

Agradezco enormemente a Dunen Muelas, directora de tesis, por ser una guía y acompañarme durante este proceso.

A mis mentores, entre ellos Óscar Parra, quienes a lo largo de mis estudios me enseñaron a ser transparente, empática, a contar historias y en esencia, a ejercer el periodismo.

Gracias infinitas a Aris Mestre, Amalia Izquierdo, Ana Torres, María Jacinta Zabaleta, Maricela Cotes y Janeth Torres, mujeres arhuacas tejedoras que compartieron conmigo sus conocimientos y abrieron las puertas de sus corazones y sus hogares para permitir que esto fuera posible.

A Yeri, Angie, Karen, Oleiner, entre muchas niñas y niños más de la Sierra Nevada de Santa Marta que me recordaron la belleza, la armonía y la felicidad que se encuentran al jugar en un parque o nadar en un río como pez en el agua.

Finalmente, gracias a la montaña, a los árboles, a las hormigas, al mar y a la vida en sí misma por todos sus tesoros y por su sabiduría.

# Anteproyecto

## Problema de investigación

Las mujeres de la comunidad indígena arhuaca, asentadas en la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia), representan la cosmovisión, cosmogonía y sobre todo cosmología de su pueblo a través del tejido de la mochila. Así lo explica el profesor investigador Armando Aroca Araújo. La mochila es un elemento que las identifica, pues simboliza al útero y tiene otros determinados significados dependiendo de la figura que lleve tejida. Se aspiraría que esta labor, heredada de generación en generación, se quedara dentro de la comunidad y continuara siendo herramienta milenaria de transmisión de saberes y tradición para sus integrantes.

Sin embargo, históricamente los espacios étnicos han sido irrumpidos por los *bunachi* (que significa personas no indígenas en lengua iku, la lengua arhuaca) y eso ha transformado elementos fundamentales de su cultura. La civilización occidental suele exotizar y romantizar el trabajo artesanal sin que se promueva un conocimiento sobre el mismo, sino que se ignora su valor ancestral. Los *bunachi*, a través de un sistema capitalista, tienen acceso a las mochilas arhuacas y las portan en distintos contextos, lo cual puede reducirlas a un accesorio de vestir y hasta podría interpretarse como apropiación cultural.

Por medio de esta investigación se lograrán aproximaciones a, no solo la relevancia de las mochilas arhuacas para dicho pueblo indígena, sino también a su potencial como herramienta de resistencia frente a esas irrupciones de las que se ha hablado: al mercado y la economía global, al exotismo, al patriarcado y al conflicto armado. Para ello es necesario preguntarse, entre otras cosas, ¿cuáles son las implicaciones de su comercialización? Y todo se responderá desde las voces propias de las indígenas, es decir desde la perspectiva de las mujeres que ejercen la tejeduría.

## Justificación

El tejido es una práctica milenaria de distintas comunidades indígenas del mundo que se interpreta como un “lenguaje”, ya que puede representar la cosmovisión de cada una de ellas. Según la antropóloga social Mora Castro, así se configura un sentido de pertenencia, una

identidad colectiva y un canal de comunicación bajo un código entendido únicamente por sus integrantes, lo cual además preserva sus formas de conocimiento. No obstante, el tejido también tiene implicaciones sociales, incluso fuera de las comunidades nativas.

En el ámbito internacional, en este caso en América Latina, se ha analizado cómo aproximarse a los textiles desde una investigación no extractivista ni colonizadora. Ante la expansión del sistema capitalista, los tejidos se han romantizado a tal punto que se han introducido al mercado occidental. Entonces se presentan situaciones como la que denunció Kimberly Rocío López, redactora del medio en línea Plaza Pública de Guatemala. Allí, el gobierno propaga determinada imagen y se promociona a costa de las artesanías de mujeres mayas, del exotismo, pero en realidad discrimina a las indígenas.

Aterrizándolo al contexto nacional, la investigadora Silvia Leyva Mosquera afirma que el *tsombiach* (faja/cinturón) tejido a mano por las indígenas kaméntsá en Putumayo es para la comunidad una “forma autóctona de aprendizaje y eficacia simbólica del discurso, lo "contable", lo "transmitible"”. Por su parte, Yeni Finscue Chavaco, licenciada en educación y máster en comunicación intercultural con enfoque de género, cuenta que en el departamento del Cauca las familias nasa “han sufrido un olvido de sus prácticas ancestrales debido al despojo y a la imposición”. Sin embargo, mantienen el sentido del tejido que representa a la simbología cosmogónica del territorio y a su vez a la comunidad. Lo anterior por dar algunos ejemplos de la importancia del tejido y su estado de vulnerabilidad ante distintos fenómenos.

Esta investigación se centrará en las mochilas arhuacas. Además de conllevar una reunión especialmente femenina, de mujeres que tienen agencia dentro de su comunidad, alrededor de la tejeduría de una mochila pueden intervenir los significados de la naturaleza, metáforas simbólicas y la relación entre el tiempo y el espacio, según el investigador Armando Aroca Araújo. En 2019 Noticias Caracol informó que, de igual forma que las mujeres mayas, las arhuacas han demandado atención y la creación de políticas públicas para dignificar su trabajo, pues son conscientes del esfuerzo y los valores que cargan.

Así las cosas, este proyecto se diferencia de los demás en tanto que no estudia a las mochilas per se, sino que indaga en la labor de las mujeres indígenas y su potencial para transformar su realidad social. Asimismo, el tema se aborda desde un enfoque de género, lo cual no se ha

realizado antes de acuerdo con la bibliografía consultada. Parte de este trabajo expondrá los significados de las mochilas, pero también demostrará que su relevancia radica en muchos otros aspectos como la resistencia indígena y su injerencia en el cuidado, la economía comunitaria, el empoderamiento, etcétera.

## Objetivos

General: Categorizar los niveles en que distintas mujeres indígenas arhuacas de la Sierra Nevada de Santa Marta pueden percibir el tejido como una herramienta de resistencia ante las irrupciones de Occidente, el patriarcado y el exotismo.

Específicos:

1. Analizar los grados de incidencia y disposición de discursos y prácticas de resistencia femenina en el tejido de mujeres indígenas arhuacas de la Sierra Nevada de Santa Marta.
2. Identificar las diferentes perspectivas que tienen grupos de mujeres indígenas arhuacas sobre la comercialización de sus mochilas y hasta su circulación en espacios de “moda”.
3. Exponer las relaciones que tienen las mujeres arhuacas con figuras tradicionales de las mochilas, distinguiéndolas entre las que son para la comunidad y las que se destinan para la venta.

Objetivo del producto periodístico:

Comunicar qué influencia tiene el tejido de las mochilas arhuacas respecto a la preservación de esta cultura indígena y su potencial como transformador social, esto a través de las historias de mujeres indígenas tejedoras.

## Metodología

La investigación que aquí se presenta es de corte cualitativo y tomó lugar en la Sierra Nevada de Santa Marta, cordillera de la costa del mar Caribe ubicada al norte de Colombia y distribuida entre los departamentos de La Guajira, Magdalena y Cesar. En este último se

encuentra Pueblo Bello, municipio al cual viajé en agosto de 2022 y donde me acogió Aris Mestre, mujer arhuaca, tejedora, lideresa, guía turística e intérprete de su lengua nativa iku al español y viceversa. También es consejera, mediadora de conflictos y locutora de radio en la Casa de Gobierno de AtyKwakwmake.



Referencia geográfica de Pueblo Bello. Imagen satelital tomada del servidor Google Maps.

Aris guio mi proceso para hablar con algunas de sus compañeras arhuacas tejedoras, las cuales presento a continuación:

- Ana Torres es mayor, es decir que es de edad avanzada y tiene conocimientos en distintas áreas, en este caso en medicina tradicional arhuaca y partería. Ana se separó de su pareja hace muchos años y tiene seis hijos. Es vecina de Aris, vive en el casco urbano de Pueblo Bello.
- Amalia Izquierdo es hija de Ana Torres y vive junto a ella. Es madre cabeza de familia. Actualmente se está adentrando en el turismo como tallerista de hilandería y tejeduría.
- María Jacinta Zabaleta también es mayor. A lo largo de su vida se ha caracterizado por su lucha en defensa del territorio. Tiene hijos, pero se han distanciado de ella.

María Jacinta vive en Simonorwa, jurisdicción de Pueblo Bello, cerca de la puerta de entrada al resguardo.

- Janeth Torres se dedica a la tejeduría de mochilas arhuacas y vive a las afueras de Pueblo Bello. Se separó de su pareja y crió a sus hijos sola.
- Maricela Cotes está incursionando en el turismo como guía y hospedando visitantes montaña arriba de Pueblo Bello, zona rural en la que habita: Piedra Sagrada. Vive con su pareja y tiene dos hijos.

Estas mujeres arhuacas, de distintas edades, estados civiles, algunas que habitan el casco urbano y otras que no, compartieron conmigo su experiencia sobre las mochilas a través de la palabra en español o en iku.

Durante mi estadía llevé un diario de campo en el que anoté tanto testimonios que ellas me brindaban, así como ideas principales, pensamientos o sentimientos que me llegaban en el momento. En medio de nuestros encuentros tomé imágenes, mientras que las mujeres hablaban e iban construyendo sus artesanías. Hubo una inmersión y recorrido por los espacios culturales, los paisajes y las casas, siempre guardando prudencia y con precaución de no caer en alguna forma de extractivismo.

Observé el tejido etapa por etapa y sus diferentes usos dentro de la comunidad. También grabé las entrevistas (con autorización previa de las tejedoras) y posteriormente las transcribí. La información fue clasificada de acuerdo con varios ejes temáticos que giran en torno a las mochilas: en principio lo que tiene que ver con sus características, proceso, significado y simbolismo, a modo de contexto sobre esta tradición textil.

Otro factor clave fue el de las mujeres: su agencia en el pueblo arhuaco al hacer este trabajo manual, la conexión de cada una con el mismo y la unión que se genera entre ellas gracias a las mochilas. Así se forma no solo un tejido físico, sino también espiritual, identitario y sororo. Finalmente se tomaron en cuenta las perspectivas de las mujeres sobre la comercialización de sus artesanías y su relación con Occidente. En ese mismo orden fueron redactadas las crónicas que se presentan a continuación y mi deseo es volver a la Sierra Nevada de Santa Marta para socializarlas con las tejedoras.

De vuelta a Bogotá viajó conmigo una mochilita que simboliza las hojas de los árboles. Tuve la fortuna de ser testigo de parte de su creación. Gracias a Maricela Cotes, quien, durante una mañana soleada, entrelazaba la gasa con sus manos sabias y hábiles.



Mochila arhuaca tejida por Maricela Cotes y cuyo diseño simboliza las hojas de los árboles.

Foto tomada por Catalina Sanabria.

## Introducción

La Sierra Nevada de Santa Marta, la cadena montañosa costera más alta del mundo, es territorio sagrado y hogar de cuatro pueblos indígenas: Kankuamo, Kogui, Wiwa y el que concierne a este trabajo periodístico, el pueblo Arhuaco. Aunque se dice que dichas comunidades pudieron surgir tras el yugo y genocidio de los Tayrona a manos de los españoles, lo cierto es que la cultura arhuaca se remonta a tiempos anteriores a la colonización.

La Confederación Indígena Tayrona, organización representativa de los arhuacos, cuenta que ellos han habitado esa región durante miles de años. Según el último Censo Nacional de Población y Vivienda disponible en el portal web del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane), para 2018 la descendencia arhuaca era de 34.711 personas. La máxima autoridad de la comunidad, tanto a nivel político como espiritual, son los *mamiis*. Dotados de gran sabiduría, durante su juventud los *mamiis* se entrenan para ser líderes de su pueblo y cuidar y aprender de la naturaleza.

De generación en generación, indígenas del pueblo Arhuaco han procurado la evolución de la vida. Su veneración hacia la sierra es tal, que sus viviendas tanto tradicionales como sagradas se le parecen: tienen techos cónicos o piramidales. De acuerdo con Iván Izquierdo Márquez, licenciado en Pedagogía de la Madre Tierra, en la cosmogonía arhuaca el espíritu Ati Nawowa (de quien se hablará a profundidad más adelante) entregó el tejido a los gusanos de seda, a las aves, a las arañas y a los pueblos originarios para ser compartido entre ellos. Es por eso que las estructuras de los techos de las casas arhuacas pueden asemejarse a telarañas.

También en forma de espiral los hombres de la etnia tejen el *tutusoma*. Se trata de un gorro blanco que representa al cosmos y, en contraste con el cabello negro de los arhuacos, simboliza la nieve y los macizos propios de la Sierra Nevada de Santa Marta. El Museo Nacional de Colombia explica que cuando un joven utiliza por primera vez su *tutusoma*, “se compromete a resguardar el equilibrio y la armonía de la montaña”.

Las mujeres arhuacas, por su parte, honran a la Madre Tierra mediante el tejido de mochilas. En su investigación “De sabedoras y *sakus* en el posacuerdo” Ángela Santamaría Chavarro,

docente con estudios en derecho, filosofía y sociología, sugiere que labores textiles como esta son para el pueblo indígena contenedoras de valores espirituales y culturales. “A través del tejido, las mujeres plasman el pensamiento arhuaco que les fue dejado por la *Saku* (Madre Tierra), el cual recrean y transmiten a las generaciones de relevo. El tejer, en ese sentido, es una práctica multidimensional”, expresa la autora.

Durante talleres dirigidos por Santamaría, mujeres arhuacas tejedoras se expresaron sobre el origen y el proceso de tejeduría de la mochila tradicional. De acuerdo con sus representaciones, la mitología arhuaca cuenta que Nawowa era una mujer muy bella, cuyo hermano Dugunawin era un *mamiü*. Él, con fin de interceder en su vida sexual y prevenirla de violencias por parte de los hombres, decidió encerrarla durante nueve años en una *Kankurwa* (casa sagrada) y le entregó el tejido como “conocimiento para que consignara su pensamiento y sanara y armonizara sus energías”. Así, tal como lo manifiesta Artesanías de Colombia, el espíritu femenino Ati Nawowa (*ati* significando “madre”) es guardiana de los tejidos arhuacos.

A lo largo de este trabajo se expondrá que tejer mochilas arhuacas cobra un valor que va más allá de lo físico: es un entramado universal en el que convergen los sentimientos, el compartir, la cosmovisión y la resistencia indígena, entre muchos aspectos más. En palabras de Aris Mestre, lideresa arhuaca, la naturaleza de la mochila no radica en lo que vemos hecho, en un producto terminado, sino en su representación de la comunidad. “Es mantener la cultura. Dejar de tejer o no tener mochila es como perder la esperanza”, dice.

La mochila es tan importante que solo se comentaba sobre ella dentro del pueblo arhuaco. Según cuenta Aris, personas externas a la comunidad la han juzgado a ella y a sus compañeras por dedicarse constantemente al textil. En su mayoría, el *bunachi* (persona no indígena) ignora la importancia que tiene este trabajo y no averigua al respecto o va a su lugar de origen. Hoy en día, cuando las tejedoras venden una mochila, explican su significado de acuerdo con el interés de quien la compra.

“Antes no hablábamos de la simbología porque es algo sagrado, es una sabiduría que solo conocemos nosotras. Se puede contar, pero tampoco a todo el mundo. Internamente eso está prohibido, es como quitarme la ropa y dejar que me veas. Sabemos que debemos tener un sentido de pertenencia y de conservación, así que en la actualidad lo damos a conocer, pero

en cierto orden: ¿a quién? ¿Para qué? ¿Cuándo y dónde? Lo hacemos con sinceridad, pero bajo el principio de respeto”, sostiene Aris.

Al terminar de tejer una mochila, la lana que queda es utilizada para realizar un nuevo *chipiri*, es decir un nuevo fondo de otra mochila. Si ese ‘sobrante’ se dejara dentro de la artesanía y se entregara a quien la fuese a adquirir, también se iría el conocimiento de las mujeres. Aris afirma que sería como ceder su propia memoria, como destapar su mente y permitir que las personas del exterior lo manipularan. Entonces, las mujeres arhuacas mantienen el ciclo, el equilibrio, a través del tejido. A ello dedican gran parte de sus vidas.

El propósito de estas crónicas es honrar el trabajo de las tejedoras y, desde la admiración, contar algunas de sus características y la relevancia que tiene para el pueblo indígena. Sin embargo, advierto que las letras se quedarán cortas para reflejar algo tan profundo y simbólico como lo es la mochila arhuaca. El verdadero significado de lo que las mujeres quieren entregar no tiene traducción.



## Terciada alrededor de pecho y espalda, junto al corazón

A través de la ventana del avión, las montañas que dan forma a la Sierra Nevada de Santa Marta parecen estar en una constante carrera contra las nubes por ver quién llega más alto. Desde Valledupar, rumbo a mi destino, empiezo a distinguir las mochilas arhuacas acompañando cada paso de las personas que las usan y rondando por calles ajenas al lugar donde nacieron. Escondido entre la vasta cordillera se encuentra Pueblo Bello, municipio en el cual se ubican varios asentamientos indígenas: kankuamos, koguis, wiwas y en su mayoría arhuacos. De acuerdo con el geovisor de datos del Dane, para 2018 el 63% de la población de Pueblo Bello se autorreconocía como indígena.

Laura Restrepo, Ángela Santamaría, Digneris Izquierdo y Gabriel Moreno, equipo interdisciplinar e intercultural de investigación, publicaron un artículo en el más reciente número de la revista Razón Crítica. Los autores cuentan que Pueblo Bello, inconsultamente, fue fundado sobre territorio indígena en 1997 en medio de disputas territoriales y el auge de la violencia por el conflicto armado. Algunos arhuacos, ante las profanaciones e irrupciones de Occidente y la iglesia católica, se abrieron a lo que Pueblo Bello tenía por ofrecerles, pues representaba una oportunidad económica para el sostenimiento de sus familias.

Tal fue el caso de Aris Mestre, lideresa indígena, tejedora e intérprete de su lengua nativa iku. Hace 11 años Aris bajó de la montaña hacia el casco urbano del municipio, donde vive actualmente junto a sus hijas Angie y Yerilis. Las tres me acogen en su hogar por un par de días mientras yo indago sobre la mochila y su razón de ser. En medio de nuestros encuentros y conversaciones, muchas arhuacas no recuerdan con exactitud la edad a la que empezaron a tejer mochilas. Se miran unas a otras, discuten en su lengua natal y reflexionan que las mujeres indígenas nacen tejiendo, haciendo referencia a lo esencial que esto resulta para su esencia y su identidad.

La primera mochila que realiza una joven arhuaca es de gran relevancia porque al terminarla, se la entrega al *mami*, autoridad espiritual de la comunidad. Según el texto “El universo tejido” de la indígena arhuaca Aty Senen Izquierdo Pacheco, tiempo después, cuando a las mujeres les llega la menstruación, se hace un ritual en el que el sabio les devuelve su mochila rezada, significando así que podrá tener hijos sin problema. Esto se relaciona con otra

simbología de la mochila arhuaca: la creación de la vida, el útero de las madres por su forma de “bolsa”.



Mochila arhuaca de Aris Mestre en el territorio de Simonorwa. Foto tomada por Catalina Sanabria.

Oleiner Torres es un joven arhuaco de 12 años cuya abuela, la mayora Ana Torres, le está enseñando a tejer. Pese a su corta edad, Oleiner es muy sabio, y yo escucho con atención las palabras que comparte conmigo respecto a las mochilas arhuacas. *Urumu* (el caracol) es una de las figuras que más resalta en la cultura porque representa el camino de la existencia de inicio a fin. “Mitos ancestrales cuentan que el mundo fue organizado en forma de espiral y de igual manera es la vida desde que nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. Entonces, este dibujo del caracol abarca dichos aspectos que son vitales para la armonía tanto en comunidad, así como entre lo espiritual y el mundo físico”, expresa.

Existen aproximadamente 16 figuras tradicionales entre las cuales están: pensamiento de mujer, pensamiento de hombre, el camino del caballo, creador del universo, etcétera, cada una con su respectivo significado. El dibujo que corresponde a las hojas, por ejemplo, simboliza la naturaleza y lo que recibimos de ella, el aire que respiramos y que nos mantiene con vida.

Maricela Cotes, tejedora que vive en el área rural de Pueblo Bello, explica lo que significa el dibujo de la serpiente, en el que se encuentra condensada la historia de Ati Nawowa: “Al principio, al subir por la Sierra, una mujer se transformaba en serpiente y no había quien se le acercara. Un *mamiü* le hizo unos ritos tradicionales para que nosotros nos pudiéramos aproximar. Con el tiempo ella nos enseñó a trabajar y por eso la representamos también en la mochila”, cuenta Maricela.

Según el profesor Armando Aroca Araújo, en el diseño de la serpiente cascabel (*háku*) se encuentra la relación entre el tiempo y el espacio, pues para la comunidad el tiempo es circular y no lineal. Además, en la piel de este reptil está grabada la forma en que los indígenas entienden la división del espacio. Esta mochila tiene rombos que simbolizan el patrón de la serpiente cascabel y en el tejido se puede leer la línea en zigzag, que es precisamente el movimiento que realiza dicho animal al desplazarse.

De acuerdo con una ponencia de la docente Luz Helena Ballestas Rincón, desde tiempos precolombinos varios pueblos indígenas como el Muisca y el Tayrona integraron este diseño angular en su orfebrería y cerámica, reflejando así a la serpiente. Evidentemente, parte de ello se mantiene en la cultura arhuaca. Para la investigadora Mónica María López Ramírez, estas figuras tradicionales representan la ancestralidad transmitida de generación en generación que tiene como fin conservar la cultura indígena.

Las figuras tejidas en mochilas arhuacas están estrechamente ligadas a la naturaleza y a las interpretaciones arhuacas sobre su cotidianidad comunitaria. De ese modo las mujeres han “escrito y reproducido la historia del pueblo Arhuaco desde un archivo alternativo”, así lo plantea la investigadora Ángela Santamaría en su libro “De sabedoras y sakus”,

En cuanto a la creación de las mochilas, se requiere de un arduo proceso que se divide en distintas etapas. Una vez tienen la lana de ovejo, las mujeres la desmotan, la alargan para que sea fácil de manipular. Seguido de ello, con el huso, que tiene forma de palillo, hilan esa lana. En una actividad casi hipnótica colocan el material en el antebrazo y con impulso y agilidad, lo hacen girar en el huso. Mientras está en movimiento, las mujeres pasan su mano por el hilo que resulta, dándole la forma y verificando que quede bien trenzado.

Cuando tienen la lana de esa manera, se dedican a tejer con la aguja. Empiezan por el fondo



de la mochila, el cual es plano y en donde no se realizan dibujos porque está mal visto. En la parte lateral, tejida ascendentemente y en espiral, se logran los diseños. Para ello los colores son de suma importancia porque suponen el contraste.

Finalmente, las mujeres realizan la gasa tejiendo en ángulos agudos. La gasa es la parte superior de la mochila que sirve para colgársela en los brazos o terciarla alrededor de pecho y espalda, junto al corazón. Para este último paso ya no se utiliza aguja, sino que se trenza únicamente con las manos. Las mujeres pueden sujetar la gasa con los pies o colgarla de alguna parte, como la rama de un árbol, y así la van trabajando.

Aris Mestre tejiendo una mochila arhuaca en casa de Maricela Cotes. Foto por Catalina Sanabria.

Cada madre se responsabiliza por transmitir estos conocimientos directamente a sus hijas. De ese modo sucedió para Janeth Torres, mujer arhuaca que alrededor de sus cinco años empezó a tejer en fique, un material fácil de manipular. Ella veía a su mamá hilando y le aprendió, aunque en principio le quedaban algunos huecos en sus mochilas. A la edad de ocho años Janeth comenzó a trabajar con lana de ovejo, un material mucho más rígido. Entre sus 15 y sus 18 ya tejía toda clase de figuras, lo cual hoy en día se le dificulta porque ha perdido un poco la visión y tiene constantes dolores de espalda.

Al tejer mochilas, en ellas quedan impresos los sentimientos de las mujeres que las realizan, por lo cual las madres y las mayores sugieren nunca hacerlo si se está de mal genio. Se dice que cuando estas artesanías se van a vender, es mejor limpiarlas con un algodón para que

parte de las arhuacas no se vaya con un desconocido. Santamaría corrobora esto en su investigación y menciona que, al terminar de tejer, las mujeres lavan sus mochilas a modo de protección, pues en ellas han dejado su *anugwey*, su alma.

Los pensamientos que se tejen en las mochilas comercializadas son distintos a los de aquellas que son un regalo. Las mochilas para la venta no se nutren tanto a nivel espiritual y simbólico, sino que las mujeres, mientras las realizan, pueden estar pensando en lo que posiblemente obtengan a partir de ellas, cómo las van a distribuir y qué necesidad cubrirán gracias a su trabajo.

Anteriormente las mochilas no hacían parte del mercado, sino que se destinaban para el uso exclusivo de la comunidad indígena: se confeccionaban para la familia y allegados. Janeth explica que, al casarse, las mujeres tejen las mochilas *marunsama* (una forma de tótem) para el hombre y *marunsama* para la mujer. En ellas riegan todos los ‘preparos’ de recién casados, es decir los pensamientos para esa nueva vida en pareja.

Por lo general, el hombre arhuaco anda con tres mochilas tejidas por su esposa que, con el tiempo y el desgaste de las mismas, se van cambiando. La ‘carguera’, hecha en fique, es donde transporta lo más pesado como el jabón, el arroz, la yuca, racimos de plátano, entre otras cosas. En la ‘tercera’, de lana de ovejo, lleva el dinero y el pan, es decir lo más delicado y valioso.

Finalmente, *ziyu* es una mochilita pequeña, flexible y muy personal en la que el hombre guarda el *ayu*, las hojas de coca tostadas. Al encontrarse con otro arhuaco, él saca esas hojas de su mochila, las deposita en la de su hermano indígena y viceversa. Resulta algo llamativo y pregunto a Aris por qué lo hacen. “Es un saludo fraternal. Con ello los hombres se demuestran afecto entre sí”, responde ella.

En la *ziyu* algunos también cargan el poporo (*yoburo*), un calabazo seco en cuyo interior se encuentra polvo de concha de mar. Durante mi estadía en Pueblo Bello veo a los hombres arhuacos dedicándose a una actividad cada que tienen oportunidad: insertan un palillo (*zokünü*) en el poporo, recogiendo así la cal. Luego lo llevan a sus bocas, donde tienen el *ayu*. La mezcla de la saliva, las hojas de coca y la harina procesada de concha de mar genera una pasta con la que frotan el calabazo y poco a poco lo van engrosando alrededor, hasta que queda de un gran tamaño.

El poporo es la representación del hombre conectado desde lo que es el mundo en su entereza, pues está reflejada la naturaleza en sí misma: el mar a través del polvo de la concha y los árboles a través del *zokiini*. En suma, el calabazo simboliza la unión entre hombre y mujer. De acuerdo con Aris, el matrimonio arhuaco se nutre de parte y parte. “Aquí (en las mochilas) también está el sudor del hombre que trabaja a diario en el campo, que trae la alimentación. Nosotras nos preguntamos: ¿cómo le apporto? ¿Cómo lo apoyo? Es una labor de ambos. De hecho, la figura tradicional *kumbiro* (garabato), representa al hombre trabajador”, dice ella.

Así, mientras el hombre mambea y da forma al poporo, la mujer teje mochilas. Cada quien se enfoca en lo que le atañe y en sus responsabilidades, aunque no sean ajenas entre sí, pues estas tradiciones se complementan, mantienen el balance y la unión del pueblo indígena. Algunas mujeres no definen un precio fijo para sus artesanías, mas no porque no reconozcan el mérito personal y cultural que tienen. Realmente, todo lo que reflejan las mochilas arhuacas es invaluable.



## Una misma: la mujer arhuaca y la mochila

El choque con el mundo occidental ha puesto en riesgo la preservación de las comunidades indígenas, sus culturas, principios y tradiciones, y el pueblo Arhuaco no ha sido la excepción. Hoy en día, en su territorio ancestral de AtyKwakwmake se encuentra el casco urbano de Pueblo Bello, Cesar. Allí, nativos de la Sierra Nevada de Santa Marta solían hacer el trueque de sus productos, pero con la llegada de foráneos al territorio, las dinámicas de consumo y el comercio se transformaron.

En su tesis de maestría Jacobo Díaz Blandón, abogado especialista en Derecho Procesal, afirma que la bebida autóctona de la región conocida como churro tradicional fue desplazada por unas más occidentalizadas: la cerveza, el ron, etcétera. También se empezaron a consolidar los primeros hoteles y bares en la zona. Debido a la lejanía que había con los cabildos y los *mamiüs*, algunas conductas de los indígenas arhuacos podían ser inapropiadas o ir en contra de la Ley de Origen, un mandato sagrado que busca garantizar, conservar y proteger la armonía del mundo físico y el espiritual.

Con fin de fortalecer su jurisdicción y administrar la justicia arhuaca, en el año 2000 se fundó la Casa de Gobierno de AtyKwakwmake. Según argumentan Laura Restrepo, Ángela Santamaría, Digneris Izquierdo y Gabriel Moreno en su artículo de investigación para la revista Razón Crítica, la experiencia de Casa de Gobierno es inédita en la Sierra Nevada de Santa Marta. Allí las mujeres arhuacas han emprendido una gran labor de gobernanza enfocada en violencias sexuales, intrafamiliares y basadas en género. Ellas, junto a sus hijas e hijos, han desarrollado una escuela infantil, juvenil e intergeneracional para prevenir y tratar casos al respecto.

La Casa de Gobierno está dividida en varios sectores. Tal como exponen los autores del artículo, en una antigua casa del municipio es posible hallar la sala de espera, la emisora, las oficinas de la cabilda y el comisario y el archivo judicial. Detrás de ella se ubica una construcción tradicionalmente arhuaca, de muros de barro y techo de paja, donde se dan espacios de orientación, asambleas de justicia propia y proyectos formativos. Al lado izquierdo está la Casa de Reflexión en la que deben permanecer entre una y dos semanas las personas que incurrieron en hechos violentos.

Junto a la huerta comunitaria se encuentran dos *Kadukwu*, dos sitios sagrados a los que se debe entrar descalzo. Uno corresponde a los hombres, mientras que el otro está destinado para la reunión exclusiva de mujeres. Este último consta de una larga silla de piedra en la que nos sentamos Aris Mestre, lideresa indígena, y yo, observando al cactus ubicado en el centro. Al aire libre y con el paisaje de la Sierra Nevada de Santa Marta de fondo, Aris me cuenta que dicha planta es una metáfora de la juntanza femenina, pues nació con un solo tallo y poco a poco fue extendiéndose hasta tener cinco extremidades. Así mismo las mujeres crecen: en este lugar generan unión, se sientan a conversar y a compartir, todo mientras tejen mochilas arhuacas.



Cactus en medio del *Kadukwu* de mujeres en Casa de Gobierno de AtyKwakwmake. Foto tomada por Catalina Sanabria.

Las mujeres arhuacas acuerdan la hora para encontrarse, cada una con sus materiales y en determinada etapa del proceso de tejeduría. Mientras que algunas traen el *chipiri* (el fondo de las mochilas), otras ya están realizando el diseño en la lateral. En este círculo de diálogo discuten sobre temas sociales, prevenciones, cómo cuidar a sus hijos, qué no se debe permitir en sus casas, etcétera. Hablan desde la justicia y sobre todo desde la educación. Ciertas mujeres también narran los episodios de abuso por los que han pasado, ya que la confianza que les falta en una oficina o institución, la encuentran en este sitio: es un espacio seguro en el que tienen la tranquilidad para expresarse.

“Pueden mostrarte dónde la cicatrizaron y eso les otorga descanso. Ellas nos invitan a ponernos en su lugar, a entender su desespero y cómo se siente cuando no les permiten contar sus historias, bien sea por la familia, por la vergüenza o el “qué dirán”. Muchas de esas situaciones las llevan al alcohol, a las drogas, al desorden de su sexualidad. Aquí manifiestan lo que les pasó y lo que quieren ahora para sus vidas. Hablando se liberan de su angustia, se desahogan y entre todas nos apoyamos”, afirma Aris. Y es que en cada puntada que dan a la mochila, se encuentra una palabra. De algún modo tejer es como meditar, como descargarse y dejar salir esas cosas malas del pasado.

Junto a Aris también visitamos el hogar de María Jacinta Zabaleta, una mujer arhuaca de 79 años. Debido a su edad, María Jacinta tiene ciertas condiciones de salud, entre ellas la dificultad para mover sus piernas a pesar de que ha recibido diferentes tratamientos tanto tradicionales como de medicina occidental. En iku ella expresa que, en medio del dolor y el llanto, decide tejer, pues es su forma de consolarse. Sus mochilas, en ese sentido, cargan sus lágrimas.

María Jacinta pasa su mano por una de sus creaciones, una mochila enorme y bellísima. Al verla piensa en su vida, en cuando era niña, cuando se casó y cómo crio a sus hijos. Siente nostalgia al recordar estar corriendo por el campo y trepando a los árboles. “Yo no me caía, yo era una maromera”, traduce Aris. Al tejer, las mujeres arhuacas inscriben sus ideas. La mochila funciona para ellas como un libro en el que se proyectan y graban sus sueños que además les ayuda a curar y a enfrentar situaciones difíciles.

En su libro “De sabedoras y *sakus* en el posacuerdo”, la investigadora Ángela Santamaría Chavarro analiza el tejido de mochilas arhuacas como ejercicio narrativo y de armonización del dolor, específicamente en relación con el conflicto armado. Basada en información del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Santamaría narra que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) llegaron al Caribe colombiano en 1980 y posteriormente fundaron el Frente 19 de las Farc. Este operó en la Sierra Nevada de Santa Marta por casi 20 años y se disputó el territorio con el Ejército de Liberación Nacional (Eln).

En 1996, paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc), bajo el liderazgo de los hermanos Vicente y Carlos Castaño, ingresaron a la sierra para enfrentar al Eln. Durante una década, las Auc se expandieron y consolidaron el Bloque Norte, un ejército conformado

por alrededor de 3000 personas y apoyado directa o indirectamente por políticos, empresarios, ganaderos, entre otros.

Estos periodos de violencia estuvieron fuertemente marcados por masacres, reclutamientos y desplazamientos forzados, de los cuales las comunidades indígenas fueron víctimas, incluyendo la arhuaca. Hubo muchas madres que, por el choque cultural, por no hablar español y por la impotencia de que se llevaran a los jóvenes y asesinaran a los *mamüs*, reflejaban sus lágrimas cayendo en las mochilas arhuacas. Santamaría explica que, al igual que Ati Nawowa (espíritu que entregó a los seres vivos el tejido), las mujeres arhuacas regulan las energías negativas y se protegen de violencias externas con cada puntada que dan.

Durante su experiencia en los territorios indígenas de Jimain y Umuriwan, la investigadora halló que en periodos de violencia el tejido de mochilas “buscaba contrarrestar la violencia paramilitar desde el universo de cada mujer arhuaca, contribuyendo al equilibrio de sus energías individualmente y, tras la potencia de decenas y centenares de tejedoras, al equilibrio general del pueblo Arhuaco”.

Es evidente que conocimientos tradicionales de las mujeres, como este trabajo textil, aportan enormemente a la configuración de la identidad y tienen un gran poder para tramitar dolores personales y fortalecer el tejido social en épocas de crisis. Mediante la mochila arhuaca es posible dimensionar la magnitud de lo que cada mujer siente, así como juntar a la comunidad alrededor de las víctimas y dejar un mensaje: “estamos para apoyarte”.

Además, esta artesanía implica una independencia económica para las tejedoras y una oportunidad de salir adelante. Si bien es el hombre quien ejerce la autoridad y dirige las leyes ancestrales, el sustento del pueblo indígena depende significativamente de la mujer. En palabras de Aris: “Puedes hacer tu mochila, venderla y comprarte tus cosas. Es mejor que luches en tu vida. Mañana verás el cambio y qué tanto puedes ser un ejemplo para las demás. Eso es lo que enseñamos nosotras”.

A través del tejido, las mujeres no solo se reencuentran consigo mismas y lideran sus vidas, sino que también generan vínculos entre ellas. Montaña arriba de Pueblo Bello nos dirigimos a casa de una de sus compañeras, Maricela Cotes, donde están agrupadas varias tejedoras de la comunidad indígena. Mientras una se encuentra desmotando la lana de ovejo, otra hila en el huso, otra enrolla y otra teje. En simultáneo, todas son parte de distintas etapas de un

mismo proceso, como una sinfonía. En lengua iku comparten secretos, se aconsejan, cuentan chistes, ríen... Y todo queda impreso en las mochilas.



María de los Santos Zalabata, madre de Maricela Cotes, hilando material textil. Foto tomada por Catalina Sanabria.

Cuando una mujer visita a otra, se dedica al oficio de la dueña de la casa. En este caso, todas apoyan a Maricela en su tejido. Si ella sabe que sus amigas van a venir, puede asignarle una labor a cada una. Sin embargo, si la visita es espontánea, las mujeres le preguntan qué hacer o simplemente toman la lana de ovejo, el huso, la mochila o lo que esté disponible a su alrededor. De cualquier modo, el trabajo siempre estará a la vista. A la hora de despedirse, el hilo debe dejarse del mismo largo que tenía al principio, en señal de respeto.

“Al tejer pienso en el aprecio que le tengo a ella, en cómo me siento cuando vengo a visitarla. Antes de partir hacia acá le puse ese pensamiento. Las mochilas nos unen como mujeres porque es como si fuera un solo hilo inmenso que comienzas a recoger, a llamarlo a través de cada círculo”, asegura Aris. Mientras estamos charlando al respecto, una de las mayores me regala una naranja. La recibo con ambas manos, en forma de agradecimiento, lo cual aprendí del pueblo arhuaco.

“Esa es la reunión”, dice Aris. “Y quien no tuvo para brindar ahora, brinda después, en una próxima ocasión lleva algo”. Así, el compartir cobra un gran valor para las mujeres y su

tejido. De hecho, dentro de la comunidad indígena se solía dar el trueque, el intercambio de comida y algo de dinero por la mochila. En ese entonces había una connotación mucho más familiar e íntima sobre esta artesanía.

Si en medio de la tejeduría a alguna mujer se le dificulta su trabajo, puede soportarse en su compañera. En esos encuentros salen a flote necesidades, propuestas y oportunidades. Janeth Torres, una de las tejedoras que entrevisto, cuenta que tiene cuatro hijas. “Ellas van y me ayudan un día, yo voy y las ayudo al otro. Cuando alguna me dice que le duele el brazo para hilar, entonces yo la apoyo. Si yo le digo que siento molestia en la mano para tejer, ella lo hace por mí. Alrededor del tejido hay mucha solidaridad”, concluye.



## El comercio de las mochilas

Es lunes por la noche y llueve a cántaros en Pueblo Bello, Cesar. Estoy reunida con varias mujeres arhuacas tejedoras en la casa de una de ellas, Amalia Izquierdo, quien gira el huso en su antebrazo y en un movimiento casi imperceptible va hilando la lana de ovejo. Entre tanto, cada una se refiere a la venta de mochilas arhuacas y su relación con Occidente. Aris Mestre, lideresa indígena, cuenta que en una ocasión vendió una de sus creaciones a lo que consideraba buen precio: 150 mil pesos. Tiempo después se enteró de que su mochila se exhibió fuera del país y había sido valorada por alrededor de 600 mil pesos.

“Yo me enteré porque esa mochila salió hasta en el periódico, pero nunca supe cómo llegó a tener tres dueños. En un punto le perdí el rastro”, dice Aris seguido de un reclamo: “¿Por qué nosotras, que somos quienes las hacemos, no podemos vender las mochilas a ese precio, sino que nos las compran a 90 o 100 mil pesos y a veces hasta piden rebaja? Los intermediarios dicen “esto viene de la Sierra Nevada de Santa Marta” y eso es llamativo, pero, ¿cuánto más puede valer que alguien vea todo esto y conozca la verdadera raíz, la verdadera identidad?”.



Lana de ovejo, huso, hilo y mochilas arhuacas en proceso. Foto tomada por Catalina Sanabria.

Según Felisa Mújica Roncery, docente de investigación, cultura e interculturalidad, todos los elementos que componen el tejido indígena tienen una función, lo cargan de simbolismo y

son un reflejo de las culturas aborígenes. Por esa razón, cuando se exhiben en el exterior o grandes diseñadores de moda occidental como John Galliano, Jean Paul Gaultier y Hernán Zajar se “inspiran” en las creaciones de estas mujeres indígenas, realmente las están vulnerando, pues aplican procesos de globalización en los que la identidad se nubla, los textiles son despojados de su significación, relevancia y hasta materiales originales.



Ovillos de lana de ovejo, huso y mochila arhuaca en proceso. Foto tomada por Catalina Sanabria.

Según cuenta Ana Torres, madre de Amalia y mayora (es decir de edad avanzada y con gran conocimiento tradicional), cuando las mujeres recién han bajado de la Sierra y no saben hablar español ni conocen muy bien la moneda colombiana, algunas personas les dan tan solo 10 mil pesos por una mochila. “Nosotras también pasamos por eso. A veces nos toca venderla así porque no tenemos para el aceite, el azúcar, el arroz. La necesidad nos obliga”, expresa Ana.

Durante el auge de la pandemia por Covid-19, muchas mujeres arhuacas que viven en veredas en la Sierra Nevada de Santa Marta comercializan algunas de sus mochilas más grandes y bonitas a un bajo precio. Ana afirma que tuvieron que vender a 50 o 60 mil pesos mochilas que pueden llegar a valer tres veces más, pues quienes las compran se aprovechan porque las llevan al exterior y las venden al doble o hasta el triple de lo que les invirtieron en un principio.

A través de la globalización y el sistema económico capitalista, elementos de las comunidades indígenas como sus tejidos se ven afectados, ya que han sido introducidos al mercado occidental y dispuestos para su compra venta. Esto es problemático porque, en palabras de la investigadora María Alejandra Ortiz Zarama, el hecho de que la mochila sea un elemento de intercambio económico “la sitúa en dinámicas en las que cualquier persona con el capital suficiente se puede apropiarse de ella y darle nuevos usos y sentidos”.

Con frecuencia el *bunachi* (persona no indígena) reduce la mochila a un producto de comercio y la percibe como un mercado rentable. Oleiner Torres, joven de 12 años, expresa que por lo general el valor de las mochilas se le otorga al aspecto económico. En cambio, hacia la tradición y el trabajo existe un desprecio. “A las personas de afuera les parece algo extraño, algo que no es normal. Uno pasa por muchas críticas por ser distinto. Entonces, cuando alguien demuestra atención por la cultura es bonito hablarle, por fin hay interés por lo que uno sabe y conoce”.

Las mochilas arhuacas no solo cargan la simbología, el compartir de las mujeres y sus sentimientos, sino que también el esfuerzo de acostarse tarde por estar tejiendo o levantarse en la madrugada a hacer la gasa. Asimismo, reflejan la habilidad de estar revolviendo y cocinando la comida para el almuerzo con una mano y estar sosteniendo el tejido con la otra.

El choque con la civilización occidental puede desdibujar cada vez más los significados de las figuras tradicionales, la ancestralidad, la relevancia cultural y el esfuerzo requerido por parte de cada una de las tejedoras para fabricar estas artesanías. Tal como menciona Aris, hoy en día algunos arhuacos se han desprendido de sus principios y su conexión con la naturaleza. “También nos damos cuenta de cómo han cambiado la mentalidad y el tejido. Se ha perdido un poco ese amor hacia las hijas. El ámbito familiar se ha transformado y el vínculo no está claro cuando se conecta con la parte civil... Comienzan a dejar de ser importantes las cosas buenas que enseñamos”, dice la lideresa con un aire de preocupación.

Entonces, es menester diferenciar entre las vulneraciones que el mercado y la globalización pueden ejercer sobre los arhuacos, especialmente sobre las tejedoras y su arte, y las formas en que ellas se han abanderado de dicho contexto y dinámicas para lograr un fortalecimiento económico. Evelyn Parra González, periodista, reportó que en los periodos del año en que la

fertilidad es menor o las cosechas de café, plátano y papa se terminan, la venta y trueque de mochilas contribuye grandemente al sustento familiar.

Por su parte, las investigadoras Julieth Pachón Córdón y Sara Vásquez Henao analizan, desde la opinión arhuaca per se, la relación entre dicho fenómeno socioeconómico y la historia/cultura del pueblo. Si bien la retribución obtenida por las mujeres aporta al cubrimiento de algunas de sus necesidades y crea entre ellas una red de apoyo, el beneficio tiene que ver, en su mayoría, con la visibilización de su cultura. Citando la disertación, este hecho “recae en la satisfacción de compartir con los *bunachi* o personas no indígenas sus formas de vida en comunidad, que incluye el oficio de tejer”.

En los distintos espacios de reunión indígena se plantean formas para conservar la identidad, el habla, el ser y la cosmovisión arhuaca. También se discute sobre cómo apoyar a las autoridades para que sigan representando a la comunidad y estando a la cabeza, pues son quienes exponen los reclamos, las necesidades y propuestas para el bien del pueblo. A través del tejido ejercido por parte de las mujeres es posible conservar todo ello. El vivir de cada una de ellas y el pensamiento, desde su esencia, queda reflejado en los dibujos tradicionales y en cada puntada que dan. El tejido reúne tanto lo metafísico como lo físico, pues es la manera en que se demuestran los sentimientos y a la vez se materializa lo que hay en torno a la comunidad.

A lo largo de estas crónicas se presentaron las mochilas arhuacas como lo que son: escritura narrativa, configuración de memoria e integración social, diligencia de dolores, empoderamiento femenino y económico, resistencia indígena ante las opresiones y el conflicto, entre muchas cosas más. Mi invitación, hacia quienquiera que esté leyendo, es que tenga esto en consideración al adquirir tal artesanía. Para cerrar, un veredicto de Aris. Con decisión y franqueza en sus ojos, se dirige a mí: “Siempre tenemos que tejer lo propio. La mochila se acabará cuando las mujeres indígenas ya no existan... Cuando la etnia se pierda del mundo”.

# Bibliografía

- Ariadna Itzel Solis Bautista. (2020). Reconfigurando las metodologías para el estudio de nuestros textiles: tejer y vestir el huipil en Villa Hidalgo Yalálag. *Hart*, 7, 69–89. <https://doi-org.ez.urosario.edu.co/10.25025/hart07.2020.05>
- Armando Aroca Araújo. (2008). Análisis a una Figura Tradicional de las Mochilas Arhuacas: comunidad Indígena Arhuaca. Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. Analysis to one Traditional Figure of the Arhuacas Knapsacks: indigenous community Arhuaca. Sierra Nevada of Santa Marta, Colombia. *Bolema*, 21(30).
- Ballestas, L. (2012) La gráfica en la cultura material indígena de Colombia. Representaciones conceptuales e identidad cultural, ponencia presentada en la Universidad Nacional de Colombia
- Confederación Indígena Tayrona (N.D.) Territorio Ancestral del Pueblo Arhuaco. Recuperado de <https://confetayrona.org/territorio-ancestral-del-pueblo-arhuaco/#:~:text=%C2%BFCu%C3%A1l%20es%20el%20Origen%20de,la%20Sierra%20que%20hoy%20conocen>
- DANE (2018) Geovisor de Autorreconocimiento Étnico. Recuperado de <https://geoportal.dane.gov.co/geovisores/sociedad/autorreconocimiento-etnico/?lt=9.275619004762728&lg=-73.51318128349995&z=7>
- Díaz Blandón, J. (2019) Satisfacción de las demandas jurídicas de las mujeres arhuacas en el municipio de Pueblo Bello, Cesar. un estudio de caso de acceso a la administración de justicia desde la diversidad. Universidad Nacional de Colombia
- Izquierdo, A. (2011) El universo tejido en Agenda Cultural Alma Máter, Universidad de Antioquia
- Izquierdo, I. (2019) Tutu: la mujer que teje la vida y la memoria iku para recordar y vivir la cultura desde el tejido de la mochila, Universidad de Antioquia
- Leyva-Mosquera, S. D. (2016). El tsombiach: tejiendo la vida entre memoria y tradición. *Universitas Humanística*, 81, 229-253
- López, K. (2021) Mujeres tejedoras: Afuera somos exóticas, acá las «Marías». En Plaza Pública. Recuperado de <https://www.plazapublica.com.gt/content/mujeres-tejedoras-afuera-somos-exoticas-aca-las-marias>

- LÓPEZ, M. (2015) EL ARTE DE TEJER MOCHILAS ARHUACAS Una experiencia con las mujeres indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta en Repositorio de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia
- Mora Castro. (2010). Conformación De Identidades Locales Y Cultura Material: Un Análisis Desde Los “Sistemas De Conocimiento Local Indígena” Y La Producción De Arte Textil. Espaço Ameríndio, 4(2), 206–232.
- Mújica Roncery, F. (2018). EL TEJIDO INDIGENA: en el diseño de moda actual: una mirada entre el trabajo manual y la fabricación industrial. Pensamiento, Palabra y Obra, 20, 58.
- Museo Nacional de Colombia (2008) Tutusoma, sombrero arhuaco. Recuperado de [https://museonacional.gov.co/coleccion/Pieza\\_del\\_mes/pieza-del-mes-2008/Paginas/Julio%202008.aspx#:~:text=El%20tutusoma%20hace%20parte%20del,s on%20utilizados%20en%20climas%20c%C3%A1lidos](https://museonacional.gov.co/coleccion/Pieza_del_mes/pieza-del-mes-2008/Paginas/Julio%202008.aspx#:~:text=El%20tutusoma%20hace%20parte%20del,s on%20utilizados%20en%20climas%20c%C3%A1lidos)
- Noticias Caracol (2019) Mochilas arhuacas, más que un producto insignia de esta comunidad indígena en Noticias Caracol. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Smk0ud5AtnA>
- Ortiz, M. A. (2013). Hilos narrativos apropiación de la mochila Wayuu y Arhuaca en el contexto colombiano y el diseño de modas. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/14674>
- Pachón, J; Vásquez, S, (2018) Relación económica y cultural de la mochila desde la perspectiva del pueblo Arhuaco en Repositorio Universidad Santo Tomás de Bucaramanga
- Parra, E. (2017) Tradición e innovación. Recuperado de <https://www.semana.com/contenidos-editoriales/especiales-regionales/articulo/la-mochila-arhuaca-un-elemento-ancestral-del-magdalena/529483/>
- Restrepo Galvis, L. S., Santamaria, A., Izquierdo, D., y Moreno Reza, G. E. (2023). Lxs niñxs y las mujeres de Casa de Gobierno en AtyKwakúmuke (Pueblo bello, Colombia): pautas de crianza y acceso a la justicia sexual en la Sierra Nevada. Razón Crítica, 14, 1-31. <https://doi.org/10.21789/25007807.1961>

- Santamaría Chavarro, A. (2022). De sabedoras y sakus en el posacuerdo. Educación intercultural para la paz con mujeres indígenas en la Sierra Nevada de Santa Marta y la Amazonia colombiana (1.<sup>a</sup> ed.). Editorial Universidad del Rosario. Recuperado de:  
<https://editorial.urosario.edu.co/catalog/product/view/id/6985/s/gpd-de-sabedoras-y-sakus-en-el-posacuerdo-9789587849301-628e3d6a70298/>
  
- Sistema de Información para la Artesanía (2018) La lengua de nuestra gente. Artesanías de Colombia. Recuperado de  
[https://artesaniasdecolombia.com.co/PortalAC/Noticia/la-lengua-de-nuestra-gente\\_11366](https://artesaniasdecolombia.com.co/PortalAC/Noticia/la-lengua-de-nuestra-gente_11366)
  
- Yeny Finscue Chavaco. (2019). Construcción de Significados Culturales a partir de los Tejidos que Elaboran las Mujeres Nasa de Tierradentro como estrategia de Comunicación para la Pervivencia. Ciencia e Interculturalidad, 25(2), 277–289.